

2 – Recorriendo la ruta del vino visitando: La abadía de Murbach. Las bellas y serenas aldeas de Soultzmatt, Westhalten, Rouffach y Guebenschwihr. Los Castillos de Husseren. Las magníficas Eguisheim, y Turckheim.

LA RUTA DEL VINO



La pintoresca ruta del vino discurre a lo largo de 180 km, desde Thann hasta Marlenheim, y serpentea por las primeras pendientes de los Vosgos en medio de un océano de viñas. Es virtualmente un museo al aire libre donde prosperan gran cantidad de floridos, típicos y antiguos pueblos alsacianos dedicados a la cultura del vino.

Pequeñas poblaciones con sus construcciones de piedra y calles pavimentadas, edificios de entramado de madera, un arco iris de colores y con una plétora de flores. Pueblos vitícolas situados entre colinas densamente rodeadas de viñedos.

Se encuentran dominados, desde las alturas, por grandes bosques donde despuntan viejos castillos, que dan testimonio del turbulento pasado de la región. Estos castillos permiten realizar encantadoras excursiones por su naturaleza y desde su cúspide, grandes vistas a los viñedos.

Los campos que rodean los pueblos permiten realizar escapadas por los senderos vitícolas, agradables sendas que articulan las diferentes poblaciones por el interior de los mismos viñedos, maravillosamente balizadas para realizarlas en bicicleta o a pie.

MURBACH



Era una mañana soleada y subía por una carretera arbolada, en el interior de un valle, que finalizaba en el “Grand Ballon”. Al final del bajo valle, donde uno ya no esperaba que hubiera ninguna gran edificación, y tras una curva semioculta entre los árboles y rodeada de campos de exuberante naturaleza, aparecía de pronto las dos altas torres de arenisca rosa, vestigios de esta celebre abadía románica.

Del estacionamiento recorría una corta avenida, bordeada de antiguos edificios conventuales y silenciosos jardines, que me llevó a la Abadía. Su mutilada grandiosidad empequeñecía, intimidaba o exaltaba a los visitantes. Los prados, más allá, eran de un color verde brillante y seguía conservando una belleza que parecía emanar de sus piedras como un fluido mágico.

Aquel hálito impregnaba el aire de todo el valle y, apreciando la intimidad de aquella iglesia, penetré en un refugio, fresco y silencioso. Luego, tomando el camino que conduce a la capilla Notre-Dame-de-Lorette, pude disfrutar de una increíble vista de este verde valle.







La imagen de la Abadía aparecía, como una joya brillante, ensartada en el espléndido escenario del valle y las montañas repletas de bosques atiborrados de árboles. La Abadía acogía un pequeño pueblo, que parecía aun dormido, de unos 100 habitantes. Tranquilas casas con jardines y cultivos primorosamente cuidados y cuyos aspersores iban dejando un agradable aroma a tierra mojada.

La Abadía benedictina fue fundada en 728 por San Pirminius que encontró, en este pequeño valle encajonado, un lugar propicio para el paseo y la meditación. Desde el principio la Abadía se enriquece gracias a las vastas extensiones de tierra de su propiedad, llegando a ser uno de los más poderosos del Sacro Imperio Romano-Germanico en los s.11 y s.12. Los abades procedían de buenas familias y mucha riqueza. Murbach se convierte en un verdadero principado poseyendo varias ciudades de la Ruta del Vino. Después de la guerra de los Treinta Años, la Abadía y toda Alsacia pasan a manos francesas en 1681, perdiendo su importancia política. Los edificios colindantes se destruyen y los materiales se reutilizan. En 1753 se derriba parte de la Abadía para construir un edificio barroco, que no se llegó a realizar, quedando mutilada en su aspecto actual. Hoy solo queda la cabecera y el coro junto a sus altas torres.



SOULTZMATT



Me hallaba inmerso en la ruta del vino. Conducía maravillado por los infinitos detalles de los campos llenos de vides que desfilaban ante mí, siempre parecidos y siempre cambiantes.

Al llegar a esta discreta población fui recibido por un silencio inesperado, los turistas habían cedido a los lugareños la posesión de la localidad. Recorrí la larga avenida bordeada de bonitas casas y presentaciones florales, la calle estaba extrañamente desierta, no se veía un alma.

Esta pequeña población se ubica en las estribaciones de los Vosgos, entre viñedos y las laderas boscosas. Curiosamente, y siendo una importante productora de vino, también lo es de agua ya que tiene una fuente manantial con un sabor ácido y salado, de la que el pueblo toma su nombre (Sulz-Sal y Mate-prado).









WESTHALTEN



Otra pequeña, tranquila y bella población en la que igualmente los sonidos se escuchaban más apagados, todo parecía dormido. Aquí y allá resonaba alguna que otra voz o algún paso por las estrechas callejas, fuertemente iluminadas por el sol de la tarde. Un leve rastro a vino flotaba en el ambiente y las fachadas aparecían ordenadas y limpias, como si alguna autoridad fuese a pasar revista de un momento a otro. El pueblo, con los porches de piedra, ventanas de madera y bonitas fuentes, se asomaba recortándose por delante de las cercanas siluetas de las colinas colmadas de viñedos

El pueblo se asienta sobre la ladera occidental del monte Strangenberg, Westthalen significa “la ladera occidental”, perteneció a la cercana Rouffach pero, aprovechando los aires nuevos de la revolución, en 1788 los residentes se declararon municipio autónomo regido bajo las leyes revolucionarias.









ROUFFACH



Rouffach fue una ciudad que me hechizó ya que parecía que pocos turistas la frecuentasen, aun siendo bellísima por sus casas antiguas perfectamente cuidadas y de un estilo muy natural.

Desde el área de autocaravanas, tomando las calles más anchas, llegué rápidamente al centro de la ciudad. En la panorámica abierta que me brindaba la amplia plaza se alzaba un conjunto de edificios de gran belleza arquitectónica, el ayuntamiento, los antiguos mercados de sal y la torre de las brujas.

La llamada torre de las brujas data del s.13 al s.15 y fue una prisión, entre otros condenados, de brujas. En lo más alto se hallaba un nido de cigüeñas. El ayuntamiento tenía una hermosa fachada renacentista y los mercados del s.15 eran austeros, pero de arquitectura bellísima. Después del desastre que sufrió Rouffach en la guerra de los 30 años, ha permanecido intacta hasta hoy. Solo por la reciente campaña de policromía en sus fachadas, ahora nos muestra unas calles simpáticas llenas de luz y color.





El calor había vaciado las calles y la luz del sol brillaba con fuerza, y a mí me encantaba aquellas plazas y las callejas en las que el tiempo parecía haberse detenido muchos años atrás. Caminaba aleatoriamente por sus calles descubriendo casas de los s.15 y 16 con bonitos entramados. Cada pocos pasos se abrían una bifurcación que conducía a un lugar distinto, y no tardé mucho en estar totalmente perdido.

El día se despedía con nubes rosas, blancas y azulonas entre las que jugaba la luz dorada del atardecer. A la noche regresé a la plaza de la Republica a descansar y leer un rato bajo la luz amarillenta de una farola, que reverberaba, creando una atmosfera irreal. En la oscuridad la imagen de los mercados de sal, ayuntamiento y torre de las brujas, iluminados adquirirían un aspecto de mágica ilusión.











GUEBERSCHWIHR



Conducía entre un mar de viñedos con una sorprendente composición de surcos verdes, que cambiaban a medida que me desplazaba entre ellos. La carretera subía una pendiente a donde se ubicaba enclavada esta magnífica población, en unas laderas de frondosa vegetación de las montañas.

Salí de la autocaravana y caminé, a paso calmoso, por el laberinto de calles sin cruzarme con nadie. No poseía comercios destinados al turismo y su vida era la vid. Las hermosas casas de los viticultores se alineaban en el curso de sus calles y poseían grandes pórticos con patios interiores, de los que salían los ruidos de las prensas acompañados de aromas afrutados.





Era un lugar para evocar, para sentir la autenticidad de un rico patrimonio original de fuentes engalanadas, casas de entramado de madera y porches tallados. De sus fachadas colgaban hiedras, enredaderas y flores entrelazadas que, junto al colorido de los muros, daban al lugar una extraña y serena composición de colores.

La plaza del ayuntamiento aparecía rodeada por bellas casas entramadas y en un extremo, en lo más alto de la inclinada plaza, se hallaba la Iglesia de Saint Pantaleón. La iglesia románica era muy hermosa, con un solo campanario de arenisca roja de 36 metros de altura y decorado con ventanas gemelas. La campana de la abadía acompañó mi salida con campanas de sonido agudo.













En los viñedos se deleitaban mis ojos curiosos y tenía una vista panorámica del pueblo. Las vides eran deliciosas...sobre todo la muscat. Paseaba entre las parras con las manos bañadas en zumo, la camisa con perlas de su néctar y la cámara de fotos viscosa. Blancas nubes entraban desde las colinas que se hallaban a mi espalda, moteando de sombras el paisaje.

Ubicados en una colina, que domina la región de Colmar, aparecen las ruinas de tres castillos. Sus siluetas destacan sobre los bosques y viñedos, siendo una de las representaciones más populares de esta zona.

Desde Guebesschiwihr la pequeña carretera atravesaba los viñedos de las poblaciones de Hattstatt y Voegtlinshofen (nombres impronunciabiles), hasta llegar a la población de "Husseren les Châteaux". A la entrada del pueblo había una carretera, que dejando atrás los viñedos, se empinaba internándose entre profundas arboledas. Cuando llegué al parquin nubes densas entraban desde las altas colinas de los Vosgos, el cielo se había encapotado de blanco y pocos rayos de sol atravesaban la bruma lechosa.



HUSSEREN LES CHÂTEAUX



El estacionamiento era una pradera entre árboles y algún merendero. Había muchas familias que parecían llevar todo el día de senderismo, por la llamada “ruta de los cinco castillos”. El camino subía a pie, y sin dificultad, alcanzando el primer castillo a los 15 minutos, al tiempo que se abría un claro y acogía los últimos rayos de sol. Las nubes formaron, en poco tiempo, un barniz grisáceo y habían confluído en una única placa oscura. El primer castillo es el de Weckmund, que sigue conservando parte de su recinto, la orientación de la torre y sus murallas nos recuerdan el conflicto que había entre sus vecinos, los otros castillos. Entre los s.11 y 13 el castillo fue dividido entre varios linajes de los condes de Eguisheim, que disputaron este legado, y llevaron a la edificación de estas fortificaciones enfrentadas entre sí. El lugar era muy agradable para descubrir sus hermosas ruinas y desde los castillos se podía disfrutar de unas impresionantes vistas de la llanura de Alsacia, con sus pueblos y la ciudad de Colmar. Tal como anunciaban las oscuras nubes, empezó a llover, diluviar y el campo se sumergió en un inconfundible aroma a tierra mojada. Abandoné rápidamente este lugar, solo visité el primer castillo, y me dirigí a Eguisheim.



EGUISHEIM



Finalmente la fuerte lluvia empezó a amainar, alejándose y dejando tras de sí calles encharcadas, la luz plomiza teñía la tarde de tonalidades tristes y el cielo se presentaba densamente nublado. Me encontraba en Eguisheim, al lado del estacionamiento de autobuses turísticos. Era un parquin gratuito y tranquilo con muchas autocaravanas acomodadas para pasar la noche.

Al día siguiente el amanecer era un majestuoso cumulo de nubes, iluminadas por los rayos del sol naciente, que dieron paso a una mañana luminosa y soleada. Caminando a la ciudad pasé al lado de una factoría de prensado de uvas, se hallaba envuelta en una fragancia a zumo de mosto. Eguisheim es un importante centro vitícola y había llegado la cosecha. Numerosos tractores con remolques, llenos de contenedores de preciada mercancía, esperaban su turno para pesar el producto, medir su calidad y acidez.





Inmediatamente llegué al pueblo y por una calle transversal alcancé otra mayor, la Grand Rue. Esta conducía a la bulliciosa Place du Château, que con el ayuntamiento, la oficina de turismo, bodegas, tiendas turísticas y su permanente ajetreo era uno de los centros neurálgicos de la ciudad.

La Place du Château era una plazoleta que gozaba enaltecida por los rayos de sol y la paz de quedar cerrada entre bellas mansiones y el recinto del antiguo castillo. Pasada la Place du Marché, con sus terrazas, llegué a un ordenado ovillo circular de callejuelas angostas y sinuosas que se asemejaban a unos inimitables bastidores teatrales.

Un arco iris de colores tapizaba las paredes de las casas, era muy pintoresco pero también tenía un punto magia artificial e irreal. La mirada saltaba, errática, de un lugar a otro absorbiendo los detalles que me ofrecían estas construcciones. Las casas de dos o tres plantas se levantaban en dos calles circulares concéntricas, muy estrechas, y tenían una gran profusión de ornamentos florales y prodigalidad de adornos y decoraciones que se acumulaban en las puertas de las casas o sobre las losas de la calle.









Paseando por sus calles, bajo la radiante luz del sol, había perdido la noción del tiempo y no sabría decir el número de vueltas que le di a este mágico triple círculo, gracias a esa forma radial. Por más vueltas que diese, siempre volvía al mismo punto de partida. Estaba feliz, ansioso, entusiasmado, o todo a la vez. Era maravilloso y la cámara de fotos no paraba ya que con el cambio de posición del sol, las luces y sombras cambiaban sobre esta ciudad circular, dotando a las mismas panorámicas de sutiles cambios sobre las mismas imágenes.

La muchísima afluencia de turismo no le quitaba esa sensación de aislamiento, la magia del círculo hacía que el horizonte en las calles fuera muy limitado. Por momentos se veía a mucha gente, o no se veía a nadie, y sentía encontrarme en soledad.

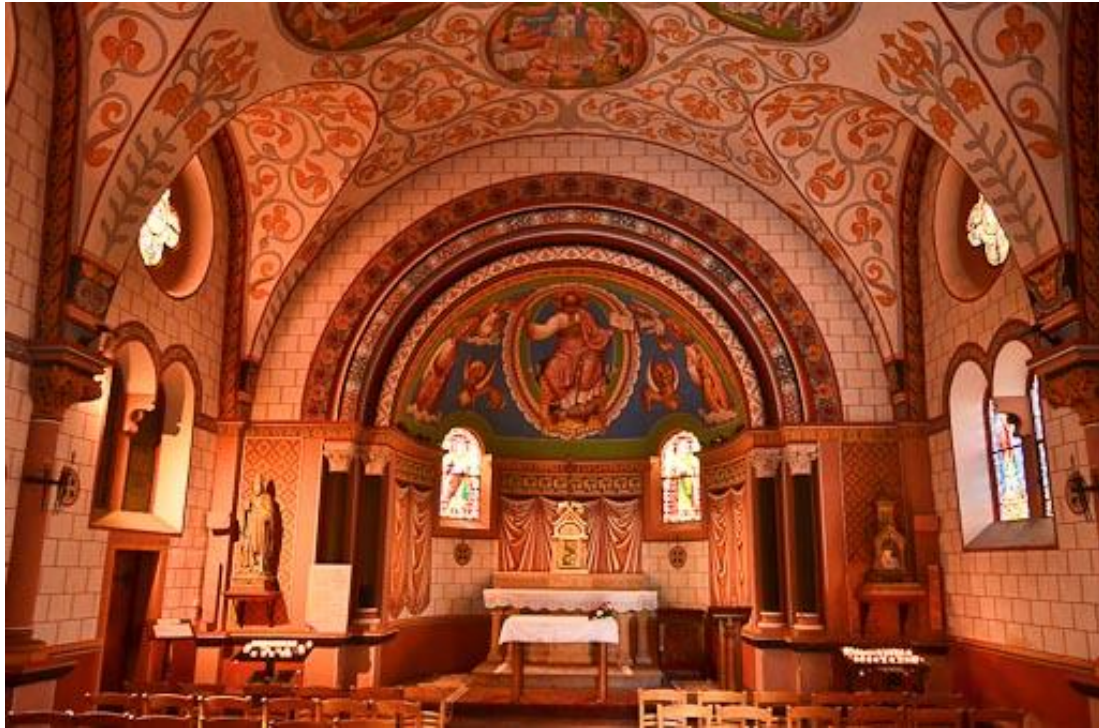




La Place du Château es el centro de Eguisheim y alrededor de él se establecen las tres calles concéntricas. Hoy su centro lo ocupa una fuente, que con una estatua, homenajea al vecino más ilustre de la ciudad. El Papa San León IX nacido en 1009.

Detrás se encuentra un recinto elevado, al que se sube por unas escaleras, para encontrarme con lo que quedaba del antiguo castillo, un edificio con aspecto de residencia palacial. El otro edificio es una pequeña capilla de construcción reciente, pero de aspecto arcaico, y cuyos techos, paredes y columnas estaban decorados con pinturas. La capilla estaba consagrada a este mismo Papa. Desde esta altura las vistas de la plaza eran magnificas.





La calle de las calles de Eguisheim es la Rué du Rempart, sur y norte. Una estrecha callejuela empedrada, enmarcada a ambos lados con pequeñas casas entramadas decoradas con vistosos colores, que contrastan con el oscuro de la madera y los tejados rojizos. En sus bajos se habría comercios de vinos, artesanía, productos de la tierra o quesos. Las pastelerías llenaban las calles de aromas a especias, chocolate y frutas. Los dinteles de las puertas y ventanas aparecen inscripciones de fechas de construcción, propietarios y oficios.

En la Rué Sud se halla la imagen más conocida, “Le Pigeonnier”, una estrecha construcción en un cruce de dos calles. Pero había muchísimas más. Todo el recorrido está señalado con paneles que hablan de historia, construcción y desarrollo de la ciudad. El folleto informativo, en castellano, de la oficina de turismo ayudaba a comprenderlos.





















TURCKHEIM



Era un día soleado y transparente, conducía por los caminos de una Alsacia donde aún se vendimiaba y que permitían gozar del extraordinario paisaje. Turckheim se encontraba muy cerca, en la ribera de un río y en medio de agradables viñedos. En los alrededores de Colmar se concentran un cosmos de pequeñas y sorprendentes poblaciones, siendo la milla de oro de las más bellas de Alsacia.

Los jardines engarzaban el perímetro de murallas que la rodeaban y tres puertas permitían atravesar el lienzo defensivo. Me impresionó el monumental y precioso conjunto de edificios situados al otro lado de la muralla con una constelación de casas, calles y plazas lanzando destellos refulgentes que rebotaban en las paredes multicolores de las elegantes mansiones. Era una población increíblemente bella y me sorprendió la poca gente que se cruzó en mi camino.





La ciudad tiene una forma triangular, con tres puertas en cada vértice, y tres calles principales que las unen. La puerta de “France”, que es la más ostentosa y con partes originales del s.14, da acceso a la Place Turenne. Esta plaza era maravillosa, rodeada por viejas y hermosas casas alsacianas de entramado. Había una, la más notable, que tenía 500 años. La bonita fuente del s.18 y el ayuntamiento con su techo escalonado se hallaba en la cercana “Place de la Eglise”.

De aquí parte la calle más vistosa de la ciudad, la “Grand Rue”, que me conducía a la “Porte de Munster”. La calle estaba ceñida por fachadas entramadas del s.17, de una interesante arquitectura tradicional, y algunos comercios de productos gran calidad ocupaban sus bajos.





En la puerta de Munster, y a su derecha, comenzaba la otra calle de triángulo, la “Rue des Vignerons”. Una calle empedrada que me llevaba a la tercera puerta, la “Porte de Brand”.

En este paseo, entre graciosas casas, se abrían calles transversales que permitían espléndidas vistas de los viñedos en las laderas de las colinas. Todo el conjunto escondía una profusión de calles, plazas y edificios que eran idóneos para hacerme sentir transportado en el tiempo.











